

sorprendió del cariño que profesaba á Juan y se volvió dos veces para despedirse de él. Abandonó el campamento en el momento en que se preparaban á encender grandes fogatas, pero engañar al enemigo mientras se marchaban las tropas antes del amanecer.

Durante el camino, el amigo de su padre no cesó de hablar. No había tenido el suficiente valor para quedarse en Falaise y ya le pesaba, pues si el enemigo le quemaba la casa, quedaba arruinado. Mauricio no oía, dormía sentado, mecido por el vaivén del coche que en menos de hora y media recorrió las cuatro leguas que separan al Chéne de Vouziers. No eran las siete, el crepúsculo empezaba, cuando el joven, medio atontado, bajó en el puente del canal, en la plaza, enfrente de la estrecha casa amarilla, donde había nacido y donde había pasado veinte años de su vida. Se dirigía allá maquinalmente, aunque la casa había sido vendida diez y ocho meses antes, á un veterinario. Y al que le había llevado en el coche, que él interrogaba, contestó que sabía á donde iba, y le daba las gracias por el favor que le había prestado.

Al llegar al medio de la pequeña plaza triangular, cerca del pozo, se quedó perplejo, inmóvil, sin acordarse de nada. ¿A dónde iba? De pronto se acordó que iba á casa del notario, la cual tocaba con la que había sido suya, allí encontraría á la madre del notario, una señora muy anciana y muy buena, que le quería mucho y que le había dado muchas chucherías siendo niño. No se reconocía dentro del pueblo, tal era la extraordinaria agitación que hubo de producir en aquellas generalmen-

te solitarias calles, la presencia en los alrededores de un cuerpo de ejército. Las calles estaban llenas de oficiales, de estafetas, de ordenanzas y de merodeadores. Encontró el canal que atravesaba la población de parte á parte, cortando la plaza central cuyo estrecho puente de piedra reunía los dos triángulos; el mercado allá, al otro lado del río, con su tejado musgoso, conservaba siempre el mismo aspecto; fué reconociendo poco á poco la calle Beroud que se dirigía por la izquierda, y el camino de Sedan por la derecha. Pero desde el sitio donde se encontraba tenía que levantar la vista, reconocer el campanario de pizarra, por encima de la casa del notario, para asegurarse de que era aquel el rincón desierto donde jugaba en su niñez, tal era el gentío que se apiñaba delante de él, por la calle de Vouziers hasta el Ayuntamiento. En la plaza le pareció que trataban de despejar la gente, alejando á los curiosos. Y allí, ocupando un ancho espacio, le extrañó ver algo así como un parque de coches, furgones, carros, todo un campamento de equipajes, que ya había visto alguna vez, en otra parte.

Aún era de día, el sol acababa de desaparecer detrás del canal y Mauricio iba á decidirse á echar andar, cuando una mujer que le miraba con atención hacia un momento, exclamó:

—¿Pero no es usted el hijo de Levasseur?

Reconoció á la señora Combette, la mujer del farmacéutico, cuyo despacho se encontraba en la plaza. Manifestó á su interlocutora, que en aquel momento iba á pedir una cama á la señora Desroches, pero no le dejó concluir.

—No, no, venga usted á mi casa, voy á decirle algo.

Después, en la farmacia, cuando cerró la puerta, añadió:

—¿No sabe usted que el emperador está alojado en casa de la señora Desroches?...

Han pedido la casa para él y no están muy contentos con la honra que les han dispensado. ¡Cuándo recuerdo que han obligado á la pobre abuela, una señora de más de sesenta años, á que le cediera su cuarto y que ella ha ido á dormir al desván, en una mala cama!... Mire usted; todo lo que hay en la plaza es del emperador, sus equipajes y sus coches.

Mauricio reconoció entonces los coches furgones, todo el magnífico tren de la casa imperial que había visto en Reims.

—Si supiera usted,—añadió la señora Combette,—todas las cosas que han sacado de esos furgones: ¡vajilla de plata, botellas de vino, cestas de provisiones, ropa blanca, á qué sé yo cuantas cosas más! Durante un par de horas no han parado y el caso es que no sé dónde habrán podido colocar tantas cosas, porque la casa no es muy grande... ¡Mire usted; vaya un fuego que han encendido en la cocinal

Mauricio se fijaba en la casita blanca de dos pisos que formaba ángulo con la plaza y la casa de Vouziers, una casita modesta, tranquila, cuyo interior recordaba el paseo central abajo, las cuatro habitaciones de cada piso, como si hubiese estado allí la vispera. Arriba, hacia el ángulo, la ventana del primer piso que daba sobre la plaza, estaba alumbrada; y la mujer del farmacéutico le explicaba que aquel cuarto era el del emperador, pero lo que deslumbraba á las vecinas era la cocina situa-

da en la planta baja. Nunca habían visto cosa parecida, una oleada de curiosos que se renovaba á cada momento delante de las ventanas contemplaba aquella cocina donde se hacía la comida del emperador. Los cocineros tenían completamente abiertas las ventanas para poder respirar un poco. Eran tres, con sus trajes blancos, resplandecientes, moviéndose delante de los pollos que estaban asando, condimentando las salsas en cacerolas enormes, cuyo baño de cobre relucía como el oro. Los más ancianos de Vouziers no recordaban haber visto en la fonda del *León de Plata*, ni aún para las bodas más sonadas, tanta comida, ni tantos artefactos.

Combette, el farmacéutico, un hombrecillo seco y nervioso, entró en su casa muy excitado por todo lo que había visto y oído. Parecía que estaba en el secreto de todo cuanto ocurría, siendo como era teniente alcalde. A las tres y media el mariscal MacMahon había teleografiado á Bazaine, anunciándole que la llegada del príncipe Real de Prusia á Châlons le obligaba á replegarse sobre las plazas del Norte y otro despacho al ministro de la Guerra, anunciando á éste la retirada que se veía obligado á emprender el ejército para no verse cortado y aplastado. En cuanto al telegrama dirigido á Bazaine, ya podía correr si tenía buenas piernas, porque todas las comunicaciones con Metz debían estar interrumpidas desde hace algunos días. Pero el otro telegrama era más grave; y bajando la voz, el boticario añadió que había oído decir á un jefe superior: «Si lo llegan á saber en París estamos perdidos». Nadie ignoraba con qué tesón la emperatriz regente y el Consejo de ministros querían la mar-

cha hacia adelante. Además; la confusión y el desbarajuste aumentaban por momentos; las noticias más extravagantes iban llegando, anunciando la proximidad de los ejércitos alemanes. ¿Era acaso posible que el príncipe real de Prusia estuviese en Chalóns? ¿Y con qué fuerzas había tropezado el séptimo cuerpo en los desfiladeros del Argonne?

—En el Estado Mayor nada saben,—continuó diciendo el boticario.—¡Vaya un desbarajuste!..... Menos mal si mañana emprende la retirada el ejército.

Se compadeció de Mauricio.

—Oiga usted, joven, voy á curarle á usted ese pie; después cenará con nosotros y luego se acostará allá arriba, en el cuarto de mi dependiente que se ha escapado.

Mauricio, atormentado con el deseo de ver y de saber, quiso poner en práctica su primer pensamiento, yendo á la casa de enfrente á visitar á la señora Desroches. Le sorprendió que le dejaran pasar. La puerta de la calle estaba abierta y ningún centinela la custodiaba. Entraba y salía gente á cada instante, oficiales y paisanos. En la escalera no había ninguna luz y tuvo que subir á tientas. En el primer piso se detuvo delante de la puerta, detrás de la cual, sabía se hallaba el emperador; el corazón le latía con violencia, pero en aquel cuarto reinaba un silencio sepulcral. Y arriba, en el umbral de la puerta del cuarto de la criada, la bondadosa señora Desroches se asustó al pronto, pero cuando le reconoció, dijo:

—¡Pobre hijo mío! ¿en qué momentos nos volvemos á ver!... Yo le hubiera cedido de buena gana

esta casa al emperador; ¡pero trae consigo gente tan mal educada! Han cogido todo lo que les ha dado la gana y lo van á quemar todo. En cuanto á él me inspira compasión. Tiene cara de desterrado, ¡y está tan triste!

Después, al marcharse el joven, le acompañó, é inclinándose por encima de la barandilla de la escalera, añadió:

—¡Mire usted, se le vé desde aquí!... Estamos perdidos sin remisión. Adiós, hijo mío.

Mauricio se quedó parado en un escalón, en la obscuridad. Veía por una claraboya una escena de la que conservó inolvidable recuerdo.

El emperador estaba allí, en el fondo de la habitación, delante de una mesita donde habían puesto un cubierto, alumbrada con dos candeleros de varias luces. Cerca de él, dos ayudantes de campo, mudos, silenciosos. Un *maitre d' hotel*, de pie, cerca de la mesa, aguardaba. La copa estaba aún vacía, el pan sin empezar, y en el plato un trozo de pollo se enfriaba. El emperador, inmóvil, miraba el mantel con esos ojos vacilantes, turbios, acuosos, que ya tenía en Reims. Parecía aún más cansado, y cuando se decidió á tomar un bocado, sólo probó un poco de pollo, rechazando todo lo que había sobre la mesa. Había cenado. Una expresión de dolor sufrido secretamente, hizo palidecer aún más su descolorido semblante.

Al pasar, en la planta baja, por delante del comedor, se abrió la puerta y Mauricio pudo ver un enjambre de caballerizos, de ayudantes, al resplandor de las luces que despachaban los platos, vaciaban botellas, animados de cierta alegría. La seguridad

de que se iba á emprender la retirada, llenaba de júbilo á toda aquella gente desde que había salido el despacho en que el mariscal Mac-Mahon daba cuenta de la operación. Dentro de ocho días estarían en París, allí tendrían buenas camas.

Mauricio, sintió en aquel momento el terrible cansancio que le aniquilaba; era seguro, el ejército entero se replegaba y ya no tenía más que echarse á dormir para aguardar á que pasara el 7.º cuerpo.

Volvió á atravesar la plaza, entró en la farmacia, cenó como en un sueño.

Después creyó que le curaban el pie, que le subían á un cuarto. Y fué la noche negra, el anondamiento. Dormía como aniquilado, casi sin respirar. Después de un tiempo indeterminado, horas ó siglos, un escalofrío agitó su sueño y le hizo sentarse en la cama, en las tinieblas. ¿Dónde estaba? ¿Qué ruido era aquel, parecido al de un trueno continuo, que le había despertado? En seguida volvió á la realidad, se levantó, fué á la ventana para ver. Abajo, en la obscuridad, en aquella plaza de ordinario tan tranquila, desfilaba la artillería al trote, una masa de hombres, caballos y cañones, cuyo estrépito conmovía las casas. Una inquietud irreflexiva le sobrecogió ante aquella repentina salida.

¿Qué hora era? Dieron en aquel momento las cuatro en el reloj del Ayuntamiento. Trató de tranquilizarse, diciendo que aquello era el principio de la retirada, cuyas órdenes se habían dado la víspera, cuando un cuadro que vió enfrente acabó de trastornarle: la ventana de la esquina, en casa del notario, tenía siempre luz, y la sombra del emperador

se dibujaba allí, en un perfil sombrío, á intervalos iguales.

Mauricio, empero, empezó á vestirse para salir de la casa, pero Combette se presentó en aquel momento con una luz en la mano.

—Le he visto á usted desde abajo al regresar del Ayuntamiento y he subido para decirle... Figúrese usted que no me han dejado dormir; hace dos horas que nos ocupamos el alcalde y yo en embargar carros y acémilas... todo ha cambiado de nuevo. ¡Qué razón tenía el jefe que no quería que se enviase el telegrama á París!

Continuó hablando durante mucho tiempo, con frases entrecortadas; hasta que Mauricio llegó á comprender de lo que se trataba. Hacia media noche había llegado un despacho del ministro del ministro de la Guerra para el emperador, en contestación al enviado por el mariscal. No se conocía el texto exacto, pero un oficial había dicho en el Ayuntamiento que la emperatriz y el Consejo de ministros temían estallara una revolución en París, si abandonando á Bazaine, regresaba el emperador á la capital. El despacho, en el que se probaba que en París no se conocían las posiciones que ocupaban los alemanes, exigía que el ejército avanzase inmediatamente contra viento y marea.

—El emperador ha llamado al mariscal Mac-Mahon, y han conferenciado solos durante una hora. Naturalmente, no sé qué es lo que se han dicho, pero lo que todos los oficiales me han asegurado es que ya no se trata de emprender la retirada, sino de volver al plan primitivo, es decir; á marchar sobre el Meuse... Hemos embargado todos los hornos

del pueblo para el 1.^{er} cuerpo que reemplazará mañana aquí al 12.^o, cuya artillería, como ve usted, sale ahora para la Besace... Esta vez ya no hay escape, ¡ahora van ustedes á batirse!

Dejó de hablar y miraba también á la ventana de enfrente alumbrada. Luego en voz baja, añadió:

—¿Qué habrán podido decirse?... Ya es raro, ya, replegarse á las seis de la tarde, ante la amenaza de un peligro, y marchar á media noche á meterse de cabeza en la boca del lobo, cuando la situación es idéntica.

Mauricio oía siempre el rodar de los cañones, abajo, en las calles del pueblo, en la obscuridad de la noche, la oleada de hombres, caballos y carros. al trote, se deslizaba hacia el Meuse, marchando hacia lo desconocido horrible de la mañana... Y, sobre las cortinas de la ventana de enfrente veía reflejarse á intervalos iguales la sombra del emperador, el ir y venir de aquel enfermo que el insomnio obligaba á estar de pie, necesitando moverse, á pesar del padecimiento que le minaba, atronados los oídos con el ruido que producían aquellos hombres y aquellos caballos que dejaba ir á buscar la muerte.

Habían bastado unas cuantas horas para cambiarlo todo; ahora era el desastre, decidido, aceptado. ¿Qué habían podido decirse aquel emperador y aquel mariscal, prevenidos los dos del desastre hacia el cual marchaban, convencidos plenamente de que iban á ser derrotados dadas las horrorosas condiciones en que se iba á encontrar el ejército, no habiendo podido cambiar de rumbo por la mañana, cuando el peligro aumentaba por momentos? El

plan del general Palikao, la marcha fulminante avasalladora sobre Montmedy, ya muy temeraria el veintitres, posible aún el 25 con buenos soldados y un jefe de talento, era el 27 un acto de locura, en medio de las vacilaciones continuas de los que mandaban y de la desmoralización creciente del ejército. Si los dos lo sabían ¿por qué cedían á los despiadados mandatos de los que aguijoneaban su indecisión? El mariscal de Mac-Mahon, tal vez, sólo era un soldado que obedecía, alma grande en su abnegación, y el emperador, que no ejercía mando, aguardaba al destino. Les pedían su vida y la vida del ejército: las daban. Fué la noche del crimen, la noche horrenda, en que se consumó el asesinato de una nación; porque el ejército, desde aquel momento se hallaba desamparado. Cien mil hombres eran enviados al matadero.

Pensando en esas cosas tan tristes, Mauricio, seguía con la vista la sombra del emperador sobre la muselina de la buena señora Desroches, la sombra febril, que parecía empujar la despiadada orden llegada de París. Aquella noche, la emperatriz ¿no había deseado acaso la muerte del padre para que reinara el hijo? ¡Anda! ¡anda! sin mirar hacia atrás, bajo la lluvia, en el barro, á la exterminación, para que en aquella partida suprema del imperio agonizante, se juegue hasta la última carta. ¡Anda! anda! ¡muere como un héroe sobre los cadáveres amontonados de tu pueblo, conmueve al mundo entero, llénale de admiración, para que perdone á tu descendencia! Y sin duda el emperador iba á la muerte.

Abajo, en la cocina, se habían apagado los fue-

gos, los caballerizos, los ayudantes, todos dormían, la casa descansaba, mientras que, sola, la sombra iba y venía sin cesar, resignada á la fatalidad del sacrificio, en medio del ensordecedor estrépito del duodécimo cuerpo que continuaba desolando en las tinieblas.

Mauricio se acordó entonces que si se emprendía la marcha hacia adelante, el 7.º cuerpo, no subiría al Chêne; y se vió repentinamente á retaguardia, separado de su regimiento habiendo desertado de su puesto. No sentía ya la quemadura del pie; una cura hábil y algunas horas de descanso habian calmado la fiebre. En cuanto Combette le dió unos zapatos suyos, anchos, con los que andaba muy á gusto, quiso marcharse en seguida, con la esperanza de encontrar al 106.º en el camino del Chêne á Vouziers. El boticario trató de detenerle, é iba ya á enganchar el coche para conducirle, cuando se presentó su dependiente, Fernando, explicando que había ido á ver á su prima. Aquel muchacho pálido, apocado, enganchó el coche y se llevó á Mauricio. Habían dado las cuatro, diluviaba, el agua caía de aquel cielo de tinta, los faroles del coche palidecían alumbrando apenas el camino, en medio del campo anegado, lleno de inmensos rumores, que los hacían parar á cada kilómetro, creyendo que pasaba algún ejército.

Allá delante de Vouziers, Juan no había podido dormir. Desde que Mauricio le había explicado cómo aquella retirada podía salvarlo todo, vigilaba, impidiendo á sus soldados separarse, aguardando la orden de marcha que podía darse de un momento á otro. A eso de las dos de la madrugada, con la

profunda obscuridad que las hogueras hacían resaltar con puntos rojizos, un ruido producido por caballos atravesó el campamento: era la caballería que marchaba de vanguardia, hacia Ballay y Quatre Champs, con objeto de vigilar los caminos de Boulton-aux-Bois y de la Croix aux-Bois. Una hora después la artillería y la infantería se pusieron en movimiento abandonando aquellas posiciones de Falaise y de Chestres, que llevaban defendiendo dos días contra un enemigo que nunca se presentaba. El cielo se había cubierto, la noche era muy oscura y cada regimiento se alejaba en medio del mayor silencio era un desfile de sombras: desvaneciéndose en las tinieblas. Todos los corazones latían llenos de júbilo, como si hubiesen escapado de alguna emboscada. Se creían ya bajo los muros de París, en vísperas de tomarse el desquite.

Juan trataba de reconocer el camino en la obscuridad de la noche. La carretera se deslizaba entre dos hileras de árboles, y le parecía que atravesaba extensas praderas; después se presentaron subidas y bajadas. Llegaron á una aldea, que debía ser Balay, cuando el pesado nubarrón que obscurecía el cielo, reventó en forma de lluvia torrencial. Los soldados habían recibido tanta agua, que ya no se incomodaban. Dejaron atrás Balay, y á medida que se acercaban de Quatre Champs, por el valle que iba ensanchándose, algunas ráfagas de aire violento, azotaron el rostro de los hombres. Más allá de Quatre Champs, cuando subieron sobre la vasta meseta cuyas tierras peladas van hasta Noirval, la tormenta se desencadenó con furia y un aguacero espantoso volvió á caer sobre las tropas. Se dió allí

la orden de hacer alto, y uno á uno, fueron parándose todos los regimientos. El 7.º cuerpo entero, compuesto de treinta y tantos mil hombres, se encontró reunido, al amanecer de aquel día cenagoso. ¿Qué ocurría? ¿Para qué aquella parada? La incertidumbre se apoderaba de nuevo de toda aquella gente, algunos decían que las órdenes habían sido mal interpretadas ó habían sido cambiadas. Habíase prohibido romper filas. Por momentos las ráfagas de viento barrían la meseta con tal violencia, que tenían que apretarse unos contra otros, para que no los llevara el aire. La lluvia les cegaba, les acribillaba la piel, una lluvia helada, que se escurría sobre sus trajes. Y pasaron dos horas, una espera interminable, sin saber por qué, en medio de la angustia que de nuevo oprimía los corazones.

A medida que el día clareaba, Juan intentaba orientarse. Le habían enseñado el noroeste, del otro lado de Quatre Champs, el camino del Chéne, que subía por un montecillo. ¿Por qué habían tomado á la derecha, en vez de ir por la izquierda? Después le llamó la atención, ver instalado el Estado Mayor en la Converserie, una casería situada en lo alto de la meseta. Allí parecían estar atolondrados, los oficiales corrían de un lado para otro, discutían gesticulando. Y nada venía, ¿qué podía ser lo que aguardaban? La meseta era una especie de circo, había rastros hasta perderse de vista, que dominaban al Norte y al Este en las alturas muchos bosques; hacia Sur se extendían también otros bosques; mientras que por una especie de abertura al Oeste, se veía el valle del Aisne, con las casitas blancas de Vouziers. Y debajo de la Converserie, resaltaba el cam-

panario de pizarra de Quatre Champs, que apenas se distinguía; tanta era el agua que caía, que parecía fundir los tejados mohosos del pueblo. Mientras Juan miraba la calle en cuesta, distinguió perfectamente un cochecito que llegaba al trote largo del caballo, por la calzada convertida en torrente.

Era Mauricio que desde las laderas de enfrente, acababa de ver al 7.º cuerpo. Llevaba dos horas recorriendo los alrededores, engañado por los informes de un aldeano, y extraviándose á consecuencia de la mala voluntad del conductor, á quien el miedo á los prusianos daba calentura. En cuanto alcanzó la casería, saltó del coche y encontró en seguida su regimiento.

Juan se sorprendió al verle.

—¡Eres tú! ¿Para qué has venido si teníamos que ir á donde estabas?

—Mal andas de noticias... No vamos por allí, vamos por allá, ¡y á morir todos!

—¡Bueno va!—dijo Juan palideciendo.—Al menos nos matarán juntos.

Los dos hombres se abrazaron. Mauricio entró en las filas, los soldados continuaban recibiendo el agua que caía del cielo; Juan se colocó en su puesto, aguantando el chaparrón, sin una queja, para dar ejemplo.

La noticia había circulado. No se replegaban sobre París, marchaban de nuevo hacia el Meuse. Un ayudante acababa de llevar al 7.º cuerpo la orden de ir á acampar á Nouart; mientras que el 5.º, dirigiéndose hacia Beauclair, tomaría la derecha del ejército y que el 1.º reemplazaría al 12.º en el Chéne, camino para Besace, en el ala izquierda. Si es-

taban allí parados hacia tres horas, aquellos treinta y tantos mil hombres, recibiendo á pie quieto el enorme aguacero, era porque el general Donay, en medio de la deplorable confusión, que había producido aquel nuevo cambio de frente, estaba muy preocupado por la suerte que podía correr el convoy, enviado la víspera hacia Chagny y era preciso aguardar para que se reuniera á las tropas. Decíase que el convoy se había encontrado con el del 12.º cuerpo, en el Chéne, además, parte del material, las forjas de la artillería, habían equivocado el camino y volvían de Terron, por el camino de Vouziers, donde probablemente caerían en poder de los alemanes. Nunca fué mayor el desorden, ni la ansiedad más justificada.

Entre los soldados la desesperación fué muy grande. Muchos querían sentarse sobre sus mochilas, encima del barro de aquella meseta, y aguardar la muerte bajo la lluvia. Se burlaban de sus jefes, los insultaban. ¡Vaya usos jefes! ¡deshaciendo por la noche lo que han hecho por la mañana, tan tranquilos cuando no veían al enemigo y escapándose cuando se presentaba! Una desmoralización final acababa de hacer de aquel ejército un rebaño sin fe, sin disciplina, que se llevaba al matadero, por los azares del camino. Allá, cerca de Vouziers, acababa de comenzar el tiroteo entre la retaguardia del 7.º cuerpo y la vanguardia del ejército alemán; y hacía rato que todas las miradas se dirigían al valle del Aisne, por donde subían espesas columnas de humo negro: se supo que era la aldea de Falaise incendiada por los hulanos. La desesperación se apoderó de los soldados. ¿Pues qué era aquello?

¿Llegaban ahora los prusianos? ¡Los habían aguardado durante dos días para darles tiempo de llegar y después se largaban de este modo! Hasta los más idiotas comprendían la irreparable falta que se había cometido, aguardando tontamente; aquel lazo tan burdo y que tan buen resultado había dado. Los escasos pelotones de la caballería del cuarto ejército alemán, que iban á la descubierta entreteniendo á la brigada Bordas, parando, inmovilizando uno á uno todos los cuerpos del ejército de Chalons para dar tiempo de llegar al príncipe real de Prusia, al frente del ejército. Y á aquella hora, gracias á la ignorancia del mariscal Mac-Mahón, que no sabía qué fuerzas tenía enfrente, se unían los dos ejércitos alemanes, y el 7.º y el 5.º cuerpos iban á ser hostigados, perseguidos, bajo la continua amenaza de un desastre.

En el horizonte miraba Mauricio como ardía Falaise. En aquel momento tuvieron el consuelo de ver el convoy que habían creído perdido, que desembocaba por el camino del Chéne. Inmediatamente, mientras que la primera división se quedaba en Quatre Champs para aguardar y proteger el interminable desfile de los bagajes, la segunda se ponía en movimiento en demanda de Boult-aux-Boix, por el bosque, mientras que la tercera se apostaba á la izquierda, en las alturas de Belleville, para asegurar las comunicaciones. Y como el 106.º en el momento en que el agua volvía á caer con más fuerza, abandonaba la meseta, volviendo á emprender la marcha infame, inaudita, sobre el Meuse, hacia lo desconocido, Mauricio volvió á ver la sombra del emperador, yendo y viniendo, triste, sombrío, sobre